

Mis rezos fervorosos,
que al cielo suban;
expresión de mis ansias,
voz de mi angustia.



Patrona de los náufragos,
Virgen del Carmen;
mi Patrona, mi Virgen:
sálvame, ¡sálvame!



PLEGARIA



PLEGARIA

Patrona de los náufragos,
Virgen del Carmen,
tú que fuiste otras veces
quien me salvaste,
¡sálvame ahora!
Náufrago soy del mundo.
Sé mi patrona.



En el mar de la vida
me estoy ahogando.
Juguete de los vientos,
sin rumbo vago.
Mueren conmigo
mi dulce compañera,
mis pobres hijos.



Tú, que fuiste la Virgen
de mis amores.
Madre mía del Carmen,
¡no me abandones!
¡Mira mi llanto!
Más que lágrimas, sangre
voy derramando.



Cuanto me fué propicio
vuélvese en contra
y hay penas que sepultan
más que las olas.
¡Sálvame! ¡Sálvame,
Virgen de mis amores,
Virgen del Carmen!



Y si al fin es forzoso
que yo sucumba,
si al fin, anonadado
por tanta angustia,
caigo vencido
¡salva á mi compañera!
¡salva á mis hijos!



Vela tú por los pobres,
desamparados,
si la muerte me arranca
de entre sus brazos.....
¡¡Virgen del Carmen,
que si á su padre pierden
tengan dos madres!!

AUTO ELEGIA



AUTO ELEGIA

Me muero, Dios Santo, ¡¡Dios Santo!!
Las fuerzas, ¡ay Virgen!, me faltan.
Me faltan, ¡ay Dios!, mis alientos.
Me rindo, postrado, por horas.
Me rindo, quizás, por instantes.
Me entrego, con harta fatiga;
con ansias intensas, crecientes,
que apenas mis voces traducen.
¡Oh débiles voces, que apenas
decís mis profundos anhelos!
¿Por qué no diréis mis quebrantos,
con todas sus grandes torturas?



Intensos dolores me excitan
 y en potro terrible me tienen.
 Y en potro del alma, terrible,
 me tienen clavado las penas.
 ¡Qué penas tan graves, tan hondas,
 tan negras, tan duras, tan largas!



Me aturden los niños que juegan;
 las voces me aturden, los cantos,
 las risas de mozas y mozos;
 las aves que vuelan alegres
 y chillan y cantan gozosas;



el tren, tan ruidoso, que pasa,
 tan lleno de gentes felices,
 sonando, vibrando, clamando,
 rozando la cerca del huerto.
 Con él, cuando viene, me llama
 la vida feliz que quisiera;
 la vida feliz á que aspiro;
 ¡la vida que es siempre la vida!
 trabajo, calor, movimiento...;
 ¡la vida que es fuerza fecunda!
 Me aturden las músicas mismas,
 con ser apacibles y leves,
 con ser lisonjeras y gratas.



Me cansa marchar. Sus favores
 me niegan las jiras campestres;
 el bien de las pláticas dulces,
 el bien de las gratas lecturas
 y el bien del ensueño tranquilo.
 Los gozos ajenos, los gozos
 del hombre feliz me enloquecen;
 los gozos del hombre, ¡tan sano!,
 tan noble, tan grave, ¡tan vivo!,
 que lucha, trabaja y espera;
 que logra, que vence, que ríe.
 Me ofuscan los rayos solares;
 me postran los fuertes calores;
 me espantan los vientos airados
 que anuncian, con cálidos soplos,
 que vienen las nubes, preñadas
 de piedra, de rayos, de truenos...



En tanto, renueva la Vida
 sus grandes alientos fecundos.
 —¡Cuál tornan mis íntimas ansias!—
 La Vida total, portentosa;
 la Vida del mundo que piso;
 la Vida triunfal del planeta
 que es gala de cielos y cielos.
 ¡En torno á mi vida, que acaba,
 renace, risueña, la Vida!
 Renace por montes y llanos;
 por cumbres de rocas ingentes;
 por agrias, robustas laderas;
 por húmedas, hondas cañadas;
 por tierras tendidas, que cubren
 sus olas de trémulas mieses.....



Lo dicen las flores que nacen,
 que brotan, ¡á miles y á miles...!;
 lo dicen los frutos que apuntan,
 rompiendo la flor, que los guarda;
 lo anuncian las brisas que vuelan
 con puros y leves aromas;
 —aromas del recio tomillo,
 perfumes de verde retama
 y olor á cantueso fragante;—
 lo anuncian las aguas que corren,
 tan claras, tan nuevas, tan libres;
 las aves que dejan sus nidos,
 ansiosas de luz que las bese...!

Y el sol lo pregona, risueño,
 con vivos y fúlgidos rayos,
 dorando las cumbres, los valles;
 las hondas cañadas, floridas;
 las vastas y alegres llanuras...
 ¡besando la faz de la Tierra!

¡Qué hermosa, Dios Santo, la Vida!
 ¡Qué buena! ¡Qué grata! ¡Qué hermosa!
 ¡Qué dulce su bien me parece!
 ¡Más grato, más dulce que nunca!



Mientras duermo, los trenes
pasan cerca de mí.
Yo los oigo, que llegan...
Yo los siento venir...



Entre sueños, escucho
muchas veces, su voz,
que simula clamores
de ansiedad y dolor.



Ellos dicen un duelo
que no pueden sentir.
No conocen las penas
de la vida infeliz...



¡Y yo en cambio no puedo
traducir mi dolor!
¡Quién les diera mis ansias!
¡¡O me diera su voz!!

VOZ DEL ANHELO